

Cohesión social en el contexto de la virtualidad

Magdalena Mayorga

Universidad Central del Ecuador

magdamayorga@gmail.com

Recibido: 13 de junio de 2020 / Aprobado: 21 de julio de 2020

Resumen

Este ensayo destaca una de las características de la modernidad, relacionada con el peso que la tecnología digital de la comunicación y las redes sociales virtuales han tomado en las sociedades, lo cual ha re-caracterizado la comunicación y el relacionamiento entre las personas, y está incidiendo en la invisibilización de la importancia de la cohesión social. Se trae a la memoria el hecho de que, fuera de las redes virtuales existen unas redes sociales en presencia, surgidas en las dinámicas comunitarias, barriales y de otro tipo. Redes que son el tejido de la cohesión social y que están siendo obnubiladas por las virtuales, con el riesgo de minimizar y perder de vista su importancia, especialmente en sociedades inequitativas, en relación con avanzar hacia horizontes consensuados colectivamente, orientados al bien común y a la dignificación de la vida de la mayoría de las poblaciones que están sumergidas en situaciones de injusticia social y de pobreza. Se analizan los paradigmas, las nuevas formas de comunicación desarrolladas y las brechas sociales presentes en el contexto mencionado. Se destaca algunos pros y contras de las redes virtuales y la necesidad de que éstas se anclen a la realidad no virtual de la cohesión social.

Palabras clave: redes sociales, tecnología, cohesión social, comunicación, virtualidad, relacionamiento, comunidad, tradición, modernidad.

Abstract

This essay highlights one of the characteristics of modernity related to the weight that digital communication technology and virtual social networks have

taken on in societies, which has re-characterized communication and relationships between people, and is stressing the invisibility of the importance of social cohesion. It brings to mind the fact that, outside of virtual networks, there are some social networks in presence, arising from community, neighborhood and other dynamics. Networks that are the fabric of social cohesion and that are being clouded by virtual ones, with the risk of minimizing and losing sight of their importance, especially in unequal societies, in relation to moving towards collectively agreed horizons, oriented to the common good, and to the dignity of the life of the majority of the populations that are submerged in situations of social injustice and poverty. The paradigms, the new forms of communication developed and the social gaps present in the mentioned context are analyzed. Some pros and cons of virtual networks and the need for these to be anchored to the non-virtual reality of social cohesion are highlighted.

Keywords: social networks, technology, social cohesion, communication, virtuality, relationship, community, tradition, modernity.

Cohesión social en el contexto de la virtualidad

La cohesión social es un consenso de aspiraciones, al lado de un sentido de pertenencia y de solidaridad o compromiso en torno a lo que implica dicho consenso. La cohesión social no es un estado ni existe por sí misma, tampoco cuenta con una fórmula ni protocolos. Ésta se erige dinámica y constantemente a varios niveles simultáneos (micro, meso y macro, horizontal y vertical), sin jerarquizaciones, bajo entendimientos colectivos y motivaciones relativos a la dignificación de la vida, al cambio de las situaciones que no son humanamente deseables para una comunidad.

En el contexto de la globalización, en Ecuador se ha afianzado un modelo social con estructuras sociales inequitativas por clase social, género, etnia y territorio, con profundas desigualdades sociales, y se han puesto en tela de juicio la gobernabilidad e integridad de los Estados y la democracia, donde los valores relacionados con la dignidad y el respeto están oscurecidos por la corrupción, la ingobernabilidad y la violencia de todo tipo. Ha tomado fuerza el individualismo y la fragmentación social (a veces confundidas las diferencias con la fragmentación), y se ha minimizado la importancia social de esa gran fortaleza del presente y futuro que es la cohesión social. La tradición y la memoria histórica van invisibilizándose y perdiendo valor, de igual manera van perdiendo importancia las identidades colectivas y el sentido de pertenencia comunitaria. Lo cual contribuye a fragilizar los lazos sociales y la comunicación.

Dicha situación, junto al gran desarrollo tecnológico digital que ha puesto en escena las redes sociales virtuales y una manera de usarlas, típicas de la sociedad moderna, impacta en el debilitamiento de los vínculos entre las personas y los grupos, así como de las coincidencias y sentidos comunes con respecto a los horizontes de futuro. De esta manera, se mantiene un círculo vicioso que aporta a la reproducción y consolidación de un modelo social inequitativo y excluyente y a dar menor valor a la comunidad y a las relaciones directas y presenciales. Comunidad entendida, no como una definición político-administrativa, sino como una integración de personas que busca el bien común, a partir de ciertos elementos comunes, como el caso de las costumbres, valores, idioma, cosmovisión, vecindad, estatus social y otros que permiten comunicarse e interactuar, al mismo tiempo que conformar una identidad colectiva con elementos que son consensuados. Una comunidad no nace por generación espontánea: se la construye. Para ello se invierte voluntad, esfuerzo, compromiso, permanencia; en consecuencia, una comunidad no es de formación instantánea o contingente, ni se erige en la virtualidad.

La envergadura de los problemas en sociedades como la ecuatoriana, suponen una lucha de intereses de la mayoría de la población, en contra de sistemas de poder que están respaldados por una institucionalidad tanto estatal como privada. Esto trae como correlato la necesidad de la existencia, en dicha mayoría poblacional, de

una fuerte cohesión social, en la cual la existencia de redes sociales ancladas a la vida práctica de manera presencial, es básica. En la cohesión social entran en juego varios factores como el «capital social», entendido como un conjunto conformado por los actores sociales, su caudal cultural, las normas, los mecanismos de comunicación y de conexiones sociales, el sentido de pertenencia y los valores que refuerzan y potencializan la acción colectiva de un sector poblacional específico, a nivel micro y meso, que incide a nivel macro en la sociedad en su conjunto. La cohesión social provoca, sostiene y caracteriza la dinámica de una sociedad y en ella las redes sociales «ancladas a tierra» cumplen un papel fundamental. La construcción de las redes sociales es, por consiguiente, condición de los tipos de dinámica social que una comunidad, país o región tiene o puede tener.

La cohesión social se alimenta de una idea común, pero un «común» no como sinónimo de unanimidad sino de consensos construidos y negociados alrededor de las diferencias y de múltiples opciones. Un común que no agrede ni invalida la libertad personal. Se alimenta, también, del presente y del futuro, así como de la memoria colectiva, pero de aquella que ayuda a construir un imaginario de futuro común. Estas redes sociales, por supuesto que pueden también orientarse hacia buenos o malos derroteros, todo depende de para qué se las conforma y cómo se las gestiona.

Un elemento fuerte de la cohesión social es la integración social (en cuanto a esfuerzos y beneficios, no en las exclusiones), en las diversidades y diferencias. Integración que implica participación y acceso de las personas a condiciones de bienestar y de autodeterminación tanto individual como colectiva.

De acuerdo a lo expuesto, estas redes entrañan un significado político, en el sentido de que su necesidad se reconoce frente a circunstancias en que una gran parte de la población está fuera de las condiciones de bienestar de una sociedad y que es necesario que sean parte de éstas, de acuerdo a las nociones de un desarrollo equitativo y humano. Por tanto, en el concepto de cohesión social está presente un sentido de ética social y política, de empoderamiento, de cambio, de solidaridad y se conforma con base en una conciencia colectiva, a cuya fortaleza contribuye una fuerte conciencia individual.

Las redes sociales no virtuales, a diferencia de las virtuales,¹ vinculan actores que están dentro de una relación social, alrededor de similares problemas e intereses; de lo cual surgen grupos, movimientos, organizaciones, colectivos y comunidades que constituyen ese tejido social que se conoce como cohesión social. Vinculación en la que se ponen en juego la racionalidad, el interés y la acción de tipo colectivo. Lo que no supone una sumatoria ni de individuos ni de intereses, sino un conjunto de individuos que reflexiona, toma decisiones y acciona alrededor de aspectos o problemas que son prioritarios desde el interés común. Son espacios dinámicos y flexibles (lo

1 Redes virtuales entendidas como los canales que producen relacionamientos y comunicación por medios electrónicos.

que no quiere decir ni esporádicos ni episódicos) siendo éste su valor y condición de existencia, pero con elementos paramétricos, duraderos, alimentados por el convencimiento y compromiso alrededor de objetivos, proyectos y acciones comunes, normalmente orientados a juntar fuerzas e ideas para resolver asuntos del presente, pero caminando hacia un futuro desde una perspectiva colectiva. Ésta es una de las bases en las que se construye o fortalece la cohesión social, que no se logra ni con la masividad ni con la contingencia del accionar.

En la crisis provocada por el covid-19, en el caso del país, poco se ha visibilizado y menos se ha profundizado en el análisis de su nivel de impacto, en función de la cohesión social, por tanto, no se han capitalizado algunas experiencias de esta naturaleza, dignas de tomarse en cuenta.

Dicha crisis mostró claramente la débil capacidad estatal de Ecuador para afrontar los servicios públicos, como el de salud, respecto del cual, por más de una década se concentró en la institucionalidad formal, en la infraestructura y menos en su calidad y eficiencia. Más aún, se prescindió del contacto directo con los individuos, la familia, la comunidad, los barrios. Se desestimó la importancia del sentido de educación para la prevención, la participación de la población en el funcionamiento de este sistema, las medidas comunitarias y en otras alternativas para proteger, promover y restaurar la salud.

El país no se ha preguntado por qué en muchas comunidades campesinas e indígenas, no ha tenido incidencia significativa la epidemia en mención. O por qué, en otros casos inicialmente fueron impactados, pero pronto éstos fueron controlados con saberes y medidas comunitarias. De lo que he podido constatar en varios casos, justamente la cohesión social en presencia (no virtual) les permitió afrontar el problema, no precisamente dependiendo del hospital, de la disponibilidad de fármacos y de la atención estatal. Se pusieron en juego las redes sociales prácticas, con un alto sentido de autosuficiencia, tanto para asumir protocolos comunitarios de prevención, como para aprovechar sus propias potencialidades en saberes y prácticas comunitarias y afrontando el problema de manera integral. Me refiero como un ejemplo de ello, a la comunidad rural La Calera, situada en el cantón Cotacachi de la provincia de Imbabura, la cual está conformada por más de 400 familias, la mayoría de ascendencia indígena. La cohesión social de esta comunidad le permitió accionar sus redes sociales no virtuales, con el liderazgo del cabildo. Fruto de lo cual, la incidencia ha sido insignificante con un solo caso de mortalidad, de un anciano, no confirmado cuya causa de muerte haya sido el covid-19. Los pocos que enfermaron por el covid-19 superaron la situación recurriendo a sus prácticas y medicinas naturales.

Sobre todo, el cabildo se preocupó de instaurar y hacer que se cumplan ciertos protocolos en la comunidad: como el respeto al toque de queda, el uso de la mascarilla y el distanciamiento físico, que en este caso fue relativo, ya que en el campo no hay mucha densidad poblacional, las viviendas se ubican en espacios abiertos y

las personas tienen poca circulación. Los hombres controlaron la entrada y salida de personas hacia y desde la comunidad, desinfectaron los vehículos y las suelas de los zapatos de las personas que ingresaban a ésta. Recogieron y distribuyeron *kits* de alimentos para las personas más necesitadas (eventualmente, en el pico de la preocupación, para todas las familias), las mujeres recogieron hierbas y plantas y elaboraron desinfectantes para que los hombres utilizaran en la fumigación de los hogares. Colocaron ramas de eucaliptos dentro de sus hogares. Las familias acentuaron su alimentación tradicional con productos autoproducidos y mediante el uso de medicina natural para quienes enfermaban, inclusive por causa del covid-19. La gente volvió la mirada a la optimización del uso de su tierra en la producción agropecuaria, en tanto fuente de alimentos y como la actividad económica más viable en las circunstancias. Reactivaron el mercado interno y la oferta y demanda de productos producidos por las propias familias, sin recurrir a los mercados externos. Muchas familias dinamizaron el intercambio de productos autoproducidos y otros provenientes de la región Costa, por medio de una moneda alternativa. La celebración de la fiesta del Sol y la cosecha celebrada en el solsticio de junio (el *Inti Raymi*), tradicionalmente la más importante del año y muy festejada, fue restringida su celebración únicamente dentro de la comunidad (sin las actividades intercomunitarias y cantonales que normalmente suponen esta fiesta). En esta experiencia, las redes virtuales no fueron protagonistas.

En sociedades como la ecuatoriana, la cohesión social no es neutra, responde a intereses y objetivos de uno u otro sector social. Así mismo, no se la fomenta por generación espontánea, surge de la voluntad de las personas, aunque alrededor de un elemento suscitador que mueve las voluntades y que logra implicar a la persona en una situación común. No solamente existen elementos suscitadores de la cohesión social, sobre todo existen factores que la impiden o dificultan como la identidad; es fácil aceptar que existen, por ejemplo, etnias, diversidades sexo genéricas, grupos definidos por su condición económica, otros, pero no es lo mismo cuando tenemos que reconocernos en alguno de ellos. En una situación coyuntural del país, algún connotado dirigente indígena nacional, pretendió defender públicamente, su papel de «segundo presidente de la República», justificándolo y legitimándolo bajo el argumento de que el 50% de la población del país es indígena. Mientras que, oficialmente, los censos nacionales presentan un 7% de la población como indígena. Tamaño diferencia deriva de un artificioso argumento con fines políticos y de la forma como se define la pertenencia étnica para las estadísticas nacionales oficiales, la cual se la hace por autoidentificación; en relación con lo cual y a mi amplio conocimiento del país, sospecho que el 7% refleja, entre otros aspectos, una fuerte resistencia a aceptarse como indígena. En consecuencia, la misma identidad, elemento fundamental para la construcción de la cohesión social, puede ser, también, un elemento de su obstrucción y debilidad.

En la actualidad, el desarrollo tecnológico, particularmente el de la comunicación a partir de nuevos canales como las redes sociales virtuales, es una característica relevante del presente. Esto, indudablemente, constituye un gran avance para la humanidad, no solo por el tipo y la ampliación de la oferta tecnológica, sino por la facilidad del acceso masivo a ella y por su impacto en la facilitación del desempeño de múltiples actividades como la ciencia, investigación, educación, salud, arte, en el ámbito laboral, en la interacción. Sin embargo, desde mi punto de vista, el cómo se la utiliza, también tiene efectos negativos como el de restar importancia y fragilizar las redes sociales ancladas a las realidades cotidianas que se basan en las relaciones presenciales.

El impacto que la tecnología en referencia provoca en las relaciones sociales de los sectores que tienen amplio acceso a ella, impacta también en el resto de sectores y ámbitos, es decir, en las dinámicas sociales del país y del mundo. En este contexto, las redes virtuales se han vuelto más visibles y, aparentemente, más protagonistas sociales que las redes que se tejen fuera de la virtualidad.

La tecnología digital, y dentro de ésta las redes sociales virtuales, son canales de comunicación que tienen el don de generar impactos, no obstante que no actúan en presencia. Éstas han potencializado las posibilidades de trascender fronteras geográficas y temporales, lograr convocatorias masivas en tiempo real y conseguir articulaciones locales, regionales e internacionales, respecto de un tema o un problema. Permite actuar y relacionarse sin tener que movilizarse. Resulta fácil armar reuniones y hasta eventos masivos solo dependiendo de la disponibilidad de los medios tecnológicos y sin requerimiento de espacios físicos. Dicha tecnología facilita la visibilización de hechos y personas, y puede generar algunos elementos de identidad colectiva en las diferencias, aunque pueden ser muy circunstanciales. Estas redes pueden constituir un enorme recurso de apoyo al debate, al diálogo y a la viabilidad de otras innumerables actividades imposibles o difíciles de realizarlas fuera de línea. Al mismo tiempo, generan un fluido y creciente flujo de información, a tal punto de llegar al atiborramiento y a un manejo sin discriminación ni jerarquización alguna, que de no mediar un sentido crítico de selección y de prudencia respecto de su veracidad, puede llevar a la desinformación, a la confusión y a la distorsión. Por medio del uso de estas redes se puede también, desfigurar y falsear mensajes, realidades y la imagen de una persona. De similar manera, se pueden crear engañosas ideas de que se es popular solo porque se aparece cotidianamente en las redes. Esta tecnología digital y virtual constituye un poderoso potencial de desarrollo para la humanidad y, por sí misma, no es ni buena ni mala, depende de la manera y fines con que se la usa.

En las sociedades actuales, para unos/as crecen las presiones laborales y se reduce el tiempo, se incrementa la inseguridad, la dificultad del transporte público, el aislamiento y el sentimiento de soledad de las personas. En tales circunstancias, el uso de las redes sociales mencionadas se ha vuelto una aparente «solución», a varias situaciones surgidas de lo mencionado.

Las nuevas generaciones viven importantes transformaciones en las realidades sociales, en cuyo marco, la imagen se ha sobrepuesto al texto, como normalmente se afirma, pero reducir las transformaciones a esto, sería minimizar un fenómeno social que tiene que ver con la formación, la comunicación y el relacionamiento de las personas, bajo una concluyente influencia de la imagen y de la virtualidad. Realidades necesarias de comprenderlas y entenderlas reflexiva y críticamente, penetrando en los sentidos y en las epistemes en ellas presentes. «Estas transformaciones modifican las vivencias y exposiciones de la subjetividad» (Sibilia, 2008) e instituyen un marco performativo en donde los cuerpos expresan múltiples versiones de sí (Butler, 2008). Tales subjetividades relacionales (Arfuch, 2002) atraviesan las múltiples dimensiones que componen los lazos sociales y el espacio vivido (Maffesoli, 2005; Dipaola, 2010), y también las identidades y las lógicas políticas (Laclau, 2005; Yabkowski, 2010). Sobre esas transformaciones que involucran a la subjetividad y sus relaciones se erige una novedosa composición de lo social mediante imágenes.

En las circunstancias actuales, las redes virtuales han contribuido a manejar muchas de las situaciones provocadas por el covid-19, pero en muchos casos, con dificultades especialmente en las familias de escasos recursos económicos. Así, por ejemplo, se ha instaurado el teletrabajo, las teleliturgias, las reuniones virtuales, se han ampliado las compras en línea. Los estudiantes han podido continuar en sus clases, pero esto ha supuesto un gran problema para la gente de escasos recursos económicos y que tiene dificultades para acceder al servicio de internet y a los medios digitales; para asistir a las clases en línea, varios niños disputan un único teléfono disponible en la familia, otros niños buscan conexión a internet subiendo a las lomas, en las plazas públicas, o donde algún vecino. En el mejor de los casos personas adultas apoyan a los niños en su participación en clases, sin estar preparados para esto. Tal situación es una medida emergente y no reemplaza las bondades de la intercomunicación e interacción con el maestro y con los/as compañeros/as, ni ayuda a conformar y afianzar la parte de la personalidad que es fundamental y toma forma en la niñez y adolescencia, y que solo se logra en el intercambio y en la socialización, haciéndoles más aptos para el relacionamiento y para conocerse a sí mismos.

Las redes sociales en línea son muy virtuosas para lograr contactos y de manera inmediata, lo cual no significa una real comunicación. Para construir comunicación es indispensable el acercamiento presencial donde se ponen en juego, no solamente mensajes, sino, también, sentimientos y emociones que pueden sentirse y palpase en las palabras y en los gestos. Sin embargo, estas redes pueden afianzar la comunicación cuando ésta ya existe o se la construye desde la vida no virtual. Mientras tanto, los contactos provocan reacciones inmediatas que, por sí mismos, difícilmente pueden construir solidaridades, amistades, complicidades y resistencias duraderas y sacar a las personas de su sentimiento de aislamiento. Percibo que, a pesar de sus virtudes, la tecnología en referencia, contribuye de manera contundente a afianzar la

incomunicación, el aislamiento y el individualismo. Así mismo, crece cada vez más la exposición a riesgos y peligros generados en la virtualidad, que amenazan desde adentro, sin que la persona se mueva de su escritorio y de su casa, los que antes estaban básicamente afuera.

La cohesión social y las redes de relación que implican no pueden forjarse, sino desde una comunicación que depende de cómo se dan sus procesos y de los contenidos y orientaciones de sus mensajes. Los receptores y emisores de las generaciones actuales, indudablemente obedecen a percepciones, visiones e interpretaciones muy diferentes de las de generaciones anteriores. Para que dichas redes de relación alimenten la cohesión social entendida como se ha venido manifestando en este texto, requieren no solo la comprensión de los procesos de comunicación, sino que la comunicación sea, también, directa, interpersonal anclada a la presencia física, desde donde se puede construir fortaleza social e identidades colectivas manifestadas en la cohesión social, que tanto se requiere en nuestras sociedades.

Las redes y plataformas virtuales han ido reemplazando la comunicación, la socialización y la construcción de vínculos que antes se hacía en los espacios públicos y privados y en la vida común.

Las redes sociales virtuales constituyen los medios por los cuales las personas, especialmente las nuevas generaciones, se comunican y relacionan inmediatamente, para la amistad, para mantener los lazos de parentesco, para juntar intereses de diverso tipo, para el encuentro y hasta para la búsqueda de relaciones amorosas. Estas son un canal fundamental en la conformación de sus relaciones sociales. Pero, sobre todo, por medio de los mensajes e imágenes que se comunican en estas redes, las personas buscan definir su propia imagen, mostrarla y confrontarla con los demás.

En la comunicación actual ha tomado fuerza la imagen, así como los *like*, los emoticones, memes, GIFS, o mensajes muy breves que, desde mi punto de vista, se vuelven elementos lingüísticos que, así usados, limitan tanto la interpretación como la definición y la precisión de un comentario, de un pensamiento, de una opinión, de un sentimiento; se empobrece la percepción y la posibilidad de análisis que se vuelve parte de un lugar común y homogéneo no en el sentido de democratización, sino de pérdida de las particularidades y diferencias, y de las múltiples posibilidades de comprensión.

La facilidad de acceso a las redes tiende a banalizar lo que implica los esfuerzos para la creación de amistad, de afectos, de complicidades y solidaridades y para la realización personal. Además de generar la percepción de que es muy fácil y rápido cualquier logro, muy diferente a los procesos, largos y de lucha que normalmente supone el llegar a los logros vitales propuestos.

Las redes generan la ilusión de conquistar rápidamente amigos y de ser aceptado fácilmente en una comunidad. Pero la amistad o el ser parte de una comunidad que no sea contingente, requiere vínculos reales-auténticos, contruidos en una relación, que no se originan instantáneamente.

Mientras tanto, las redes sociales no virtuales son espacios que brindan la posibilidad de relacionamientos más «reales» y genuinos; con base en lo cual existen situaciones más favorables a crear ideas, sueños, proyecciones y compromisos comunes. A esto contribuye la posibilidad de mantener una comunicación no solo escrita o verbal, sino una que es alimentada por «la comunicación de los cuerpos y de los gestos. La empatía es algo crucial en la comunicación y ello nace en el contacto interpersonal, no en la comunicación masiva» (2020, conversación personal con Alexandra Ayala). Las características de interacción directa y presencial de este tipo de comunicación son propicias para la conformación de relaciones fuertes y duraderas, y son la base para la construcción de la cohesión social.

La única manera de evitar que la lógica de la virtualidad se sobreponga como único o más importante canal de comunicación, es por medio de que ésta signifique una herramienta que amplíe las posibilidades de comunicación y de relacionamiento y un complemento a la realidad que está anclada a la vida fuera de las redes y la virtualidad. De tal manera que permita superar esa especie de realidad con dos planos, no solo paralelos, sino antagónicos, que se ha conformado. Paralelismo que tendría que transformarse en integración.

Es insoslayable tomar en cuenta las diferencias que atañen a las diversas generaciones, en este caso en relación con el antes y después de la tecnología digital y de la virtualidad, y es indispensable que se considere las ventajas y desventajas del uso de las redes y plataformas virtuales desde todos los ámbitos del accionar humano y las facilidades o dificultades de acceso a esta tecnología según la condición económica y el sector territorial.

Los beneficios de dicha nueva tecnología no son aprovechados ni aprovechables por la mayoría poblacional del país, por la existencia de una brecha tecnológica intergeneracional y por situaciones económicas. Más allá de las facilidades y beneficios que brinda o puede brindar dicha tecnología, no podemos, sino, aceptar dicha brecha existente entre las generaciones que vivieron la evolución y el auge de las redes sociales y las de antes de estos hechos, así como las brechas por la mayor posibilidad de acceso y uso a esta tecnología y sus medios.

Las generaciones formadas en la era analógica y en las relaciones presenciales, han ido entrando a las redes y plataformas virtuales, lentamente, con frecuencia con temor y poco convencimiento, pero sintiéndolas necesarias y en muchos casos inevitables e imprescindibles. Situación que no solamente queda en el plano de las preferencias, sino que implica lidiar con las ideas actuales generalizadas de que si no estamos en ellas no existimos, si no somos usuarios de las redes perdemos sentidos de pertenencia, de identidad y actualidad. Razón por la cual, hoy resultan vitales para las nuevas generaciones y cada vez más, indispensables para las anteriores generaciones. No obstante, para éstas sus sentidos de pertenencia y sus identidades de ninguna manera han flaqueado o perdido vigencia, pero también irán retroalimentándose con la nueva experiencia de la virtualidad.

El involucramiento en las redes virtuales depende no solo de las diferencias generacionales, sino de los sectores sociales. Se da, mayormente, en las clases medias y altas y en el ámbito urbano. Dicho involucramiento está sujeto al acceso a la tecnología, a los medios necesarios y a la posibilidad de disponer del recurso tiempo, cuyo uso en los sectores de menores ingresos obedece a largas e irrenunciables jornadas de trabajo, necesarias para la supervivencia, y a racionalidades de vida muy diferentes a las de los otros sectores sociales.

El fenómeno social de la virtualidad aludido no ha nacido de voluntades individuales, sino como producto de modelos socioeconómicos y tecnológicos que están poniendo en valor la virtualidad y el relacionamiento en línea y colocando como eje de la vida y de las relaciones. Con ello, se han puesto en juego y disputa dos paradigmas diferentes o muy diferentes, dependiendo de la generación a la que pertenecen las personas: aquellas que han vivido y se han formado en la era de la tecnología analógica, y aquellas que lo han hecho en la era de la evolución y auge de la tecnología digital, dentro de lo cual un asunto generacional y etario hace la diferencia. Pero interpretar la diferencia solamente como un aspecto generacional y etario sería no corresponder a la realidad.

Importantes sectores poblacionales que provienen de generaciones que se han formado y desenvuelto en la tecnología analógica, en la actualidad han tenido la necesidad de acudir a la tecnología digital y virtual; pero también, muchos se resisten a que esta tecnología y, sobre todo, el modo de relacionamiento que ésta propicia, penetre e invada lógicas de vida dadas fuera de la virtualidad, ya que se las considera fundamentales en el relacionamiento tanto individual como colectivo y se las valora como más relevantes desde el punto de vista del desarrollo humano. La aceptación incondicional de dicha tecnología y la resistencia (o uso moderado) se han ubicado con fuerza, como dos polos paradigmáticos: el primero que prioriza el relacionamiento y comunicación virtual, en línea, y el segundo que prioriza el valor del relacionamiento y comunicación interpersonal y presencial.

A las personas de las generaciones que estamos detrás del muro de los *millennial* y de la generación Z, nos cuesta apresurarnos a abrir Google o Facebook, para saber de quién se trata una persona que acabamos de conocer. Preferimos aún, recurrir a la conversación y a las referencias directas. También tenemos límites para evidenciar nuestra vida y nuestros logros por estos medios. Mientras que para la juventud las redes sociales que funcionan en la virtualidad, constituyen sus canales, al punto que es usual escuchar o presentir el pensamiento, refiriéndose a las redes como el Facebook, de que: «si no estás no existes». En todo caso, tanto las redes sociales virtuales como las que tradicionalmente han funcionado fuera de la virtualidad, interactúan con racionalidades totalmente diferentes, sin que la una reemplace a la otra, pero sí se influyen mutuamente.

Las generaciones jóvenes solo dan cuenta de su vivencia en la evolución o en el auge tecnológico mencionado y de las formas de comunicación correspondientes. Mientras

que las generaciones, que han tenido la oportunidad de vivir en el antes y el ahora de dicho auge, son producto de la influencia de dos diferentes realidades, lo que amplía sus posibilidades de discernimiento respecto de los beneficios y perjuicios del uso de la una y de la otra, y también es lo que les origina un juicio crítico y o de resistencia al uso que, en tendencia generalizada, se está haciendo de la última tecnología.

La situación mencionada marca culturas, actitudes y prioridades diferentes. Esta tecnología afecta a todos, les interese o no, porque va influyendo el contexto, la cultura y la manera de socializar. Por presencia o por ausencia, difícilmente se puede escapar de ella. Se va extendiendo y va copando las relaciones y todos los campos de la humanidad, resultando de ello una presión social a las viejas generaciones para entrar en dichas tecnologías y a ampliar progresivamente su capacidad de manejo y su uso. Así la situación, las diversas generaciones van construyendo y ampliando puntos comunes en el uso de dicha tecnología, pero en diversas intensidades y con diferentes lógicas y expectativas.

Dichos paradigmas y las características sociales y culturales en que se desenvuelven las nuevas generaciones exigen no solo constatarlas, cuestionarlas o ignorarlas. Es necesario comprenderlos e interpretarlos críticamente, además de que exigen que las generaciones anteriores reflexionen sobre sus propios paradigmas, con nuevos parámetros, con apertura a los nuevos contextos y relacionamientos, única manera de encontrar acercamientos y puentes intergeneracionales, por medio de los cuales las fortalezas de unas alimenten las de las otras.

Obnubilamiento y debilitamiento de la cohesión social

Las bondades de la tecnología digital y de las redes virtuales han ampliado las posibilidades de desarrollo. Pero en la medida en que éstas no están ancladas a esa otra parte de la realidad que se desenvuelve en la práctica y en presencia, sucede que se atenta contra fortalezas indispensables para la vida social, como la cohesión social, la cual se origina en las relaciones directas y presenciales, y que, evidentemente, pueden apoyarse, también, con las redes virtuales.

Frente a dicha situación, cada vez es más fuerte o debería serlo, tanto la preocupación por el obnubilamiento y debilitamiento de la cohesión social, como la necesidad de que ésta se convierta en un centro de atención y de la acción necesaria para robustecerla y actualizarla.

Traigo nuevamente a colación las redes virtuales: su fácil acceso y uso, sin censuras y sin discriminaciones, permiten sentirse que se es parte de una idea, de un mensaje o de una masa, y crea el sentido de que se es miembro constitutivo de una comunidad y de que se está participando de un ambiente democrático. De tal manera que se puede, fácilmente, perder de vista el hecho de que dicha aparente democracia no es tal en la realidad no virtual, donde permanecen la misma desigualdad y exclusión social. De igual modo, la efervescencia, el entusiasmo y la amplia convocatoria que pueden suscitar las redes virtuales, provocan dinámicas sociales importantes, pero

normalmente contingentes y episódicas. Y éstas no pueden confundirse con las dinámicas sociales continuas que solo pueden provocar las redes sociales no virtuales.

¿Cómo lograr que el relacionamiento contingente de las redes virtuales derive en procesos anclados a tierra y que mutuamente se retroalimenten lo virtual y lo no virtual? ¿Cómo lograr que los beneficios de la tecnología digital y de la virtualidad, impacten en un robustecimiento de las raíces de tipo colectivo y de la cohesión social que alimenten procesos de cambio duraderos?

Referencias

- Arfuch, Leonor. (2002). *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires: Prometeo.
- Butler, Judith. 2008. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Dipaola, Esteban. (2010). Socialidades contemporáneas: dinámica y flexibilidad en relaciones comunitarias e identitarias. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 26(2), 1-28.
- Laclau, Ernesto. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Maffesoli, Michel. 2009. *El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestros tiempos*. Buenos Aires: Dedalus.
- Naciones Unidas, CEPAL, AECI. Secretaría General Iberoamericana. (2007). *Cohesión social, inclusión social y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile.
- Sibilia, Paula. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: FCE.
- Yabkowski, Nuria. (2010). *El desierto mundo de la indistinción. La crisis de representación política Argentina (1990-2002) en debate* (Tesis de Maestría en Investigación en Ciencias Sociales). Universidad de Buenos Aires, Argentina.